

HERMINE WITTGENSTEIN: MI HERMANO LUDWIG

Desde luego, es muy difícil escribir sobre una persona viva, en especial si no es posible aclarar con ella algunos puntos oscuros, pero confío en que Ludwig no tomará a mal este mero recuento de hechos que a mi juicio es correcto. Si se nos concediera volver a encontrarnos en este mundo, podría hacer cualquier pequeña corrección que considerase necesaria, aunque por mi propia voluntad no consentiría en hacerle grandes cambios. Como ya dije, hago sólo un relato de los hechos y espero que a través de él brille la personalidad de Ludwig; eso es lo que más me importa.

De joven, Ludwig mostró siempre un gran interés por todas las cuestiones técnicas, a diferencia de Paul, quien se sentía irresistiblemente atraído por la naturaleza, las flores, los animales y los paisajes. A los diez años, por ejemplo Ludwig estaba ya tan familiarizado con la construcción de una máquina de coser que era capaz de hacer un modelo a escala con pedazos de madera y trozos de alambre, con el cual podía, en verdad, coser unos cuantos puntos. Desde luego, para poder armar su modelo hacía un estudio detallado de cada parte de la máquina y de los movimientos del mecanismo necesario para dar las puntadas, mientras la vieja costurera de la familia lo observaba con suspicacia y desagrado. Se había pensado que a los catorce años Ludwig asistiera a la escuela pública, pero a consecuencia del extraño plan de enseñanza adoptado por mi padre no pudo cumplir los requisitos para ingresar en el Gimnasio de Viena, y así, luego de un breve periodo de instrucción para complementar su educación previa, entró al Realgymnasium en Linz. Mucho tiempo después uno de sus condiscípulos me dijo que al principio Ludwig les había parecido como un ser de otro planeta. Sus modales eran totalmente distintos a los suyos. Por ejemplo, utilizaba un cortés "Señor" cuando se dirigía a ellos. Ésa era ya una barrera, pero también sus gustos e intereses en lecturas eran del todo diferentes a los de ellos. Podría decirse que de alguna manera era más viejo que sus compañeros, y sin duda, de modo incomparable, más serio y maduro. Pero, sobre todo, era en extremo sensible, y me imagino que para él más bien eran sus compañeros quienes parecían venir de otro mundo, y de un mundo terrible por cierto [1]

Al término de sus estudios en la escuela. Ludwig se inscribió en la Universidad Técnica de Berlín y dedicó la mayor parte de su tiempo a problemas y experimentos relativos a la ingeniería aeronáutica. De pronto, en esa misma época o muy poco después, la filosofía, o mejor dicho, la meditación sobre problemas filosóficos, se convirtió en una obsesión y se apoderó de él de una manera tan absoluta, aun en contra de su voluntad, que sufría terriblemente, desgarrado por vocaciones conflictivas. Ésta fue la primera de varias transformaciones que habría de sufrir, y cimbró todo su ser. En esa época estaba trabajando en un ensayo de filosofía, y al final decidió mostrarle su proyecto al profesor Frege, en Jena, quien también se interesaba por problemas semejantes. Durante esos días, Ludwig se hallaba en un estado de agitación constante, indescriptible, casi patológico, y yo temía mucho que Frege, un viejo maestro, no tuviera la paciencia o la comprensión para entrar en la materia en la forma que la seriedad de la situación exigía. En consecuencia, también yo estaba en un estado de gran ansiedad y preocupación cuando Ludwig viajó para visitar a Frege, pero las cosas marcharon mucho mejor de lo que yo esperaba. Frege alentó las pesquisas filosóficas de Ludwig y le aconsejó ir a Cambridge para estudiar con el profesor Russell, y Ludwig así lo hizo.

En 1921 visité a Ludwig en Cambridge. Se había hecho amigo de Russell, quien nos invitó a los dos a tomar el té con él en sus habitaciones. Todavía puedo verlas: eran muy hermosas, con libreros que ocupaban todas las paredes, y las altas y antiguas ventanas con sus portaluces y dinteles dispuestos con elegante simetría. De pronto Russell me dijo, "Esperamos que el siguiente gran paso en filosofía lo dé su hermano". Esta declaración me pareció tan extraordinaria e increíble que por un momento todo ennegreció a mi alrededor. Ludwig es quince años menor que yo, y aunque entonces tenía ya veintitres años, aún me parecía muy joven, alguien que todavía estaba aprendiendo. No es sorprendente, entonces, que nunca haya olvidado ese momento.

Poco después, Ludwig viajó a Noruega para trabajar en su libro en soledad absoluta. Se compró una cabaña de madera situada en un punto rocoso y volada sobre un fiordo. Ahí vivía solo, en un alto estado de intensidad intelectual que rozaba lo patológico. Con el inicio de la guerra en 1914 volvió a Austria e insistió en alistarse en el ejército, a pesar de una hernia doble de la cual ya había sido operado y por la que antes se le había exentado del servicio militar. Tengo la completa certidumbre de que no lo motivaba el sencillo deseo de defender a su patria. Tenía también un intenso deseo de echarse a cuestras una tarea difícil y de hacer algo más que puro trabajo intelectual. Al principio sólo consiguió que se le enviara a una base militar de reparaciones en Galicia, pero continuó presionando para que se le mandara al frente. Por desgracia ahora no puedo recordar los cómicos malentendidos derivados del hecho de que las autoridades militares con las que tenía que tratar creían siempre que estaba tratando de conseguir un puesto más fácil cuando en realidad quería que se le asignara uno más peligroso. Por último su deseo le fue concedido. Más tarde, después de ser condecorado en varias ocasiones por su valentía y por haber sido herido en una explosión, realizó un curso de entrenamiento para oficiales en Olmütz y alcanzó, creo, el grado de teniente. Su amistad con el arquitecto Paul Engelmann –de quien hablaré más adelante- data de esa época en Olmütz...

Aun en esa época Ludwig sufría una profunda transformación cuyas consecuencias no se hicieron evidentes sino después de la guerra, y que al cabo habría de culminar en la decisión de no poseer ninguna riqueza. Los soldados se referían a él como "el tipo del Evangelio", porque siempre llevaba consigo la edición de los Evangelios de Tolstoi. Hacia el final de la guerra combatió en el frente italiano y fue hecho prisionero por los italianos cuando se declaró aquel extraño armisticio. Cuando por fin volvió a casa lo primero que hizo fue deshacerse de su riqueza. La repartió entre nosotros, sus hermanos, exceptuando a nuestra hermana Gretl [Margarethe Stonborough-Wittgenstein], quien era muy rica en esa época, en tanto que el resto de nosotros habíamos perdido gran parte de nuestra riqueza.

Mucha gente, entre ella mi tío Paul Wittgenstein y mi amigo Mitae Salzer, no podía entender cómo podíamos aceptar el dinero y no apartar por lo menos un poco, en secreto, en caso de que más tarde Ludwig lamentara su decisión. Cientos de veces insistió en asegurarse de que no existía la menor posibilidad de que aún le perteneciera dinero bajo una u otra forma. Para desesperación del notario encargado de llevar a cabo esa transferencia, Ludwig volvía sobre ese punto una y otra vez.

Sin embargo, lo que esa gente tampoco podía saber era que la posibilidad de que sus hermanos le ayudáramos en alguna futura circunstancia formaba parte esencial de su punto de vista y aceptaba esa posibilidad con entera libertad y confianza. Cualquiera que haya leído LOS HERMANOS KARAMAZOV, de Dostoievski, recordará el momento en que se dice que el ahorrativo y cuidadoso Iván bien podría encontrarse un día en

una situación precaria, pero que su hermano Alesha, quien no tiene la menor idea acerca del dinero, ni posee ninguno, de seguro se moriría de hambre, puesto que todos compartirían gustosos con él lo que tuvieran y él así lo aceptaría sin la menor reserva. Yo sabía esto con toda certeza, e hice todo para cumplir los deseos de Ludwig hasta el último detalle.

Su segunda decisión, elegir una ocupación por completo ordinaria y, de ser posible, convertirse en un maestro de escuela rural, fue algo que al principio se me dificultó comprender, y puesto que todos los hermanos solíamos utilizar analogías para explicarnos mutuamente lo que queríamos decir, le dije durante una larga conversación que tuvimos en esa época que cuando pensaba en él, con toda su preparación filosófica, como un maestro de escuela primaria, me parecía como alguien que quiere utilizar un instrumento de precisión para abrir un bolso. Ludwig me respondió con una analogía que me dejó callada. Dijo: "Me recuerdas a alguien que está mirando hacia fuera a través de una ventana cerrada y no puede explicarse los extraños movimientos de un transeúnte. No puede decir si se ha desatado una tormenta o si esa persona tiene problemas para mantenerse en pie". Entonces comprendí el estado en que su mente se encontraba.

Primero, Ludwig se hizo ayudante de jardinero en el convento de Hütteldorf y en el seminario de Klosterneuburg, luego asistió al instituto de pedagogía en Viena y se hizo maestro de escuela primaria en Trottenbach, un pequeño pueblo en las montañas lejos de toda terminal ferroviaria, y luego en Otterthal y en Puchberg am Schneeberg.

En muchos sentidos, Ludwig es un maestro nato. Todo le interesa y sabe distinguir los aspectos más importantes de cualquier cosa y aclarárselos a otros. Algunas veces yo mismo tuve oportunidad de ver a Ludwig enseñar, pues dedicó algunas tardes a los muchachos en mi escuela de oficios. Fue una maravillosa lección para todos nosotros. Ludwig no disertaba solamente, sino que trataba de orientar a los muchachos hacia la solución correcta por medio de preguntas. En una ocasión los puso a inventar una máquina de vapor, en otra a diseñar una torre en el pizarrón, y en otra más a dibujar figuras humanas en movimiento. El interés que suscitaba en ellos era enorme. Incluso los muchachos menos dotados o desatentos salían de pronto con excelentes respuestas y luchaban entre ellos en su afán de ganar la oportunidad de responder o argumentar sobre algún punto. No obstante, un maestro de escuela primaria no sólo debe tener la capacidad de enseñar una materia de manera interesante y de estimular a los niños más talentosos (y de hecho llevarlos más allá de lo señalado en la cartilla). También debe tener la paciencia, pericia y experiencia para asegurar que los menos dotados, los perezosos y las muchachitas con la cabeza llena de otras cosas salgan de la escuela equipados con los conocimientos básicos y esenciales. También necesita pericia y paciencia para tratar con los padres, que con frecuencia son en extremo ignorantes. Ludwig no poseía esa paciencia, y al final su carrera como maestro zozobró por la carencia de esas cualidades. En mi opinión, todo esto anunciaba ya una nueva etapa de su desarrollo.

Cuando Ludwig abandonó su carrera como maestro, esperábamos que volviera a la filosofía, pero primero entró en un estado intermedio, del cual cristalizó algo enteramente nuevo e inesperado. Por cierto, debo mencionar que Ludwig, quien antes de la guerra se había hecho tan buen amigo del profesor Frege que lo visitó en varias ocasiones, le envió a éste el manuscrito de la primera parte de su libro durante la guerra. Extrañamente, Frege no entendió el libro en absoluto y le escribió a Ludwig diciéndoselo con mucha franqueza. Al parecer, el desarrollo de Ludwig lo había llevado en una dirección que lo apartaba de Frege, y su amistad no continuó después de la

guerra. Algo parecido ocurrió con Russell, aunque Russell había traducido el libro de Ludwig al inglés y lo había hecho publicar en edición bilingüe. Hasta donde sé, Ludwig criticó algunos de los ensayos más populares de Russell, y la amistad no sobrevivió.

Su cambio de carrera ocurrió justo en el momento en que mi hermana Gretl hacía planes para construir una casa diseñada por el arquitecto Paul Engelmann, amigo de Ludwig. Había comprado un curioso terreno en Kundmannngasse, que se ajustaba perfectamente a sus propósitos. Quedaba un poco por arriba del nivel de la calle y tenía una vieja casa, buena sólo para demolerse, y un pequeño jardín con hermosos árboles antiguos. Estaba rodeada de casas pacíficas y sencillas y, sobre todo, no estaba ubicada en un barrio elegante y cosmopolita; de hecho era todo lo opuesto. Los contrastes son parte esencial del estilo de mi hermana.

Engelmann, a quien teníamos en muy buen concepto como arquitecto, pues había trabajado tanto para mi hermano Paul como para mí, transformando unos cuartos en especial feos en otros muy hermosos, y a quien había llegado a conocer personalmente, diseñó los planos en casa de Gretl con la constante colaboración de ésta. Luego llegó Ludwig que, con su intensidad habitual, se interesó por los modelos y los planos, comenzó a modificarlos, y se obsesionó con el proyecto, hasta que al final se hizo cargo de él por completo. Engelmann tuvo que ceder ante la fuerte personalidad de Ludwig y la casa, después, se construyó bajo la supervisión de éste, de acuerdo con su versión de los planos que se siguió hasta el último detalle. Ludwig diseñó cada ventana y cada puerta, cada chapa y el sistema de calefacción, cuidando cada detalle como si se tratara de instrumentos de precisión y con el más elegante equilibrio. Luego, con inexorable energía se aseguró de que todo fuera realizado con el mismo escrupuloso cuidado. Todavía puedo escuchar al cerrajero preguntarle, en relación con una bocallave, "Dígame, señor ingeniero, ¿en verdad le importa tanto un milímetro de diferencia aquí o allá?" Aun antes de que terminara de hablar, Ludwig le replicó con un "¡Sí!" tan fuerte y sonoro que el hombre casi brincó del susto. De hecho, Ludwig tenía una sensibilidad tan aguda respecto a las proporciones que un error de medio milímetro le afectaba. En esos casos el dinero y el tiempo eran lo de menos, y admiro a mi hermana Gretl por darle a Ludwig absoluta libertad a tal respecto. Dos grandes personas se habían conjuntado como cliente y arquitecto, posibilitando así la creación de algo único y perfecto en su especie. Se le dedicaba la misma atención tanto al más insignificante detalle como a las características principales, pues todo era importante, lo único que no importaba era el tiempo y el dinero.

Puedo recordar, por ejemplo, dos pequeños radiadores negros de hierro que se habían fijado en los rincones de un pequeño cuarto. La mera simetría de ambos objetos negros bajo la luz de la habitación bastaba para transmitir un sentimiento de bienestar. Los propios radiadores eran tan perfectos en sus proporciones y tan precisos en su forma que resultó por completo natural que Gretl los utilizara como repisas para sus hermosos *objets d'art* en los meses en que la calefacción permanecía apagada. Una vez, mientras los admiraba, Ludwig me contó su historia, los problemas que le habían costado y cuanto tiempo había requerido alcanzar la precisión que era la clave de su belleza. Cada uno de estos radiadores esquinados consistía en dos partes erigidas en preciso ángulo recto en relación una de la otra y con un pequeño espacio entre ambas cuya medida había sido calculada hasta el último milímetro. Descansaban sobre patas en las que tenían que encajar exactamente. Primero se vaciaron una serie de modelos pero pronto fue evidente que el tipo de vaciado que Ludwig tenía en mente no podía hacerse en ninguna parte de Austria, la fundición de las partes principales se hizo entonces en el extranjero, pero al principio pareció imposible lograr el grado de precisión exigido por Ludwig. Cúmulos enteros de secciones de tuberías fueron

rechazados por inutilizables, otros tuvieron que ser trabajados nuevamente hasta alcanzar una exactitud de medio milímetro. Fijar los pulidos cilindros, distintos por completo de aquellos asequibles en el mercado, y producidos de acuerdo con los diseños de Ludwig, provocó grandes dificultades. Con frecuencia los experimentos conducidos por Ludwig se extendían hasta entrada la noche, hasta que todo quedaba justo como tenía que ser. De hecho, pasó todo un año entre el diseño de estos radiadores, que parecían tan sencillos, y su realización. No obstante, el tiempo gastado me parece bien empleado cuando pienso en la forma perfecta que logró darles.

Un segundo gran problema que Ludwig me contó fue el de las puertas y las ventanas. Todas fueron hechas con acero y la construcción de las altas y desusuales puertas de cristal con sus estrechos maineles de acero fue en extremo difícil, pues no se empleaban rieles horizontales como soporte y se requería una precisión que parecía imposible alcanzar. De ocho firmas con las que se sostuvieron largas y detalladas negociaciones sólo una creyó posible realizar el trabajo, pero la puerta terminada, cuya construcción había tomado meses, al final tuvo que desecharse por inutilizable. Durante las pláticas con la firma que al cabo construyó las puertas, el ingeniero encargado de las negociaciones estalló de pronto en un arrebato de llanto. No quería renunciar a la comisión, pero se sentía incapaz de terminarla de acuerdo con los deseos de Ludwig. El asunto jamás se hubiera resuelto de modo satisfactorio si la firma no hubiera contado con un artesano especializado muy notable que se enorgullecía de su destreza. Se dedicó una gran cantidad de tiempo tan sólo a experimentos y a producir modelos, y el resultado en verdad valió la pena después de todo el interés y el esfuerzo invertidos. Al tiempo que escribo acerca de ellas, siento un gran deseo de volver a ver esas finas puertas. Aun si el resto de la casa se destruyera, todavía podría reconocerse el espíritu de su creador, gracias a ellas.

Quizá la prueba más reveladora de la severidad de Ludwig en lo que se refiere a alcanzar proporciones exactas sea el hecho de levantar el techo de una de las habitaciones, lo suficientemente grande para ser un salón tres centímetros más, justo cuando era tiempo de comenzar a limpiar la casa, casi totalmente terminada. Su instinto siempre era correcto y tenía que seguirse. Finalmente, después de un periodo de construcción no sé cuán largo, tuvo que declararse satisfecho y dar la casa por terminada. La única cosa que para su gusto aún no estaba del todo lista era una ventana junto a una escalinata en la parte trasera de la casa, y tiempo después me contó que una vez había comprado un billete de lotería pensando en el arreglo de esa ventana. De haber ganado un premio, hubiese utilizado el dinero para pagar el precio de esa modificación.

Mientras aún trabajaba en la casa, Ludwig también se encontraba ocupado en otros intereses. Se había hecho amigo del escultor Michael Drobil cuando los dos se encontraban prisioneros en un campo italiano para oficiales, y más tarde, en Viena, se interesó extraordinariamente en los proyectos escultóricos emprendidos por Drobil, a quien incluso influyó en cierto sentido. Esto era casi inevitable, pues Ludwig es muy fuerte, y cuando critica algo siempre está muy seguro de su terreno. Al final, él mismo hizo la prueba como escultor, pues se sentía atraído por la idea de recrear una cabeza que le disgustaba de una obra de Drobil, y quería esculpirla con la actitud y la expresión que tenía en mente. Se las arregló para conseguir una versión deliciosa, y Gretl puso la cabeza de yeso en una de las salas de su casa.

También la música ejerció una atracción cada vez más grande en Ludwig. En su juventud nunca había aprendido a tocar ningún instrumento, pero como maestro tuvo que aprender a tocar uno, y eligió el clarinete. Creo que sólo a partir de ese momento

comenzó a desarrollarse su fuerte inclinación hacia la música. En verdad tocaba con un gran sentimiento musical, y su instrumento le brindó unos momentos muy placenteros. Solía llevarlo dentro de un viejo calcetín en vez de un estuche, y puesto que no se preocupaba en lo más mínimo por su apariencia –sin importar la ocasión o qué época del año fuera, vestía siempre una chamarra café y unos pantalones grises de franela, remendados a veces, con el cuello de la camisa abierta y sin corbata– con frecuencia daba la impresión de ser un tipo raro, pero la seriedad de su rostro y la energía de su porte eran siempre tan poderosos que todo el mundo podía ver en más que se trataba de un “caballero”. Un episodio divertido que Drobil me contó tiempo después parece contradecir esto, pero quizás valga la pena mencionarlo. Como ya dije antes, Drobil, conoció a Ludwig en un campo de prisioneros de guerra, y, ya sea porque no escuchó bien o porque no entendió su nombre, asumió que este retraído y más bien andrajoso oficial provenía de un medio humilde. Un día, por azar, la conversación tocó el tema del retrato de una Fraülein Wittgenstein hecho por Gustav Klimt. (Es un retrato de mi hermana Gretl y, como todos los retratos hechos por Klimt, puede describirse como extremadamente elegante y refinado, incluso *chic*). Ludwig se refirió a la pintura como “el retrato de mi hermana”, y el contraste entre su rostro descuidado y sin afeitar y la apariencia de la mujer en la pintura fue tan grande que, por un momento, Drobil pensó que Ludwig debía estar fuera de sus cabales. Todo lo que pudo decir fue: “Entonces, usted es un Wittgenstein, ¿no es así?”, y todavía sacudía la cabeza con un gesto de asombro al recordar el incidente y después rompía a reír.

Drobil había hecho unos cuantos esbozos de Ludwig a lápiz, toscos pero llenos de vida, que me gustan mucho. En cambio, no encuentro tan satisfactorio el busto de mármol que esculpí, uno de los rasgos del estilo de Drobil es captar a su modelo en un estado de reposo, pero Ludwig hubiera necesitado un artista distinto para que se le hiciera justicia a su naturaleza inquieta, y eso para no mencionar el hecho de que para mí su rostro me parece en realidad mucho más delgado y bello y que su pelo rizado resalta mucho más, hasta el punto de parecer un conjunto de llamas, lo que encaja perfectamente con la intensidad de su naturaleza.

Permítaseme añadir aquí, de paso, que estos juicios ya no significan nada, pues es extremadamente improbable que vuelva a ver el busto de mármol, los esbozos o cualquiera otra de las pinturas u obras de arte que he mencionado en estas reminiscencias. Mi departamento en Viena fue destruido por una bomba y es posible que el Hochreit, donde guardamos la mayoría de nuestras obras de arte para tenerlas a salvo, también haya sido destruido, pues esa zona vivió algunos de los más fuertes combates y las casas de los alrededores han sido convertidas en cuarteles alemanes. No obstante, aun si mis temores resultaran justificados, no importaría, pues todas las cosas han perdido su valor en esta terrible época de guerra y sólo puede preocuparnos el futuro de la humanidad. No puedo, sin embargo, evitar que mis pensamientos vuelvan una y otra vez a las cosas que antes fueron tan importantes, y a esos pensamientos justamente se debe esta digresión.

Quizá el final de la construcción de la casa marcó también el final de otro estadio en el desarrollo de Ludwig, y así volvió una vez más a la filosofía. Si mi memoria es correcta, primero trabajó en Noruega en un nuevo ensayo filosófico y después regresó a Cambridge. Ahí fue nombrado profesor de filosofía en el Trinity College. Puesto que no poseía las calificaciones habituales –nunca había terminado un doctorado, por ejemplo– debe haber tenido que cumplir con algunos requisitos oficiales, en este caso un examen formal ante un grupo de sinodales. Aun la vestimenta académica que se le exige al candidato se halla descrita en detalle, como es costumbre en las universidades inglesas. Ludwig se negó por completo a usarla, y fue un honor que se le concediera

tal excepción. La universidad, con la mayor benignidad, en vez de un examen le solicitó que explicara ante un grupo de profesores pasajes de su libro [2].

Así como es dueño de una gran mente filosófica que puede penetrar en el corazón de las cosas y le permite asir la naturaleza esencial de una escultura, de una composición musical, de un libro, una persona, e incluso, a veces, -aunque suene curioso- de un vestido de mujer, Ludwig también tiene un gran corazón, y eso es lo mejor que puede decirse de un ser humano. Es cierto que una personalidad tan fuerte no puede acomodarse fácilmente en cualquier comunidad. De hecho, a Ludwig le fue muy difícil ajustarse, pues desde su más temprana infancia sufría una tensión casi patológica si se encontraba en un entorno que no le fuera compatible. ¡Pero qué grandes estímulos proporcionaba cada conversación con él! Sin duda exigía mucho de sus amigos y de sus hermanos, no en cuanto a cosas materiales, sino intelectual y emocionalmente, y en términos de tiempo, sensibilidad y comprensión; pero también es cierto que siempre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ellos.

© de los autores. Rush RHEES (ed): RECUERDOS DE WITTGENSTEIN. Traducción de Rafael Vargas. Ed. Fondo de Cultura Económica, (1ª ed. en español, 1989). Reproducción exclusivamente para uso escolar.

NOTAS:

[1] Como es sabido uno de sus discípulos escolares en Linz fue Adolf Hitler, existe una fotografía de grupo escolar en que ambos aparecen juntos y Hitler, sin citarlo, se refiere a Wittgenstein en MI LUCHA en un recuerdo escolar.

[2] En enero de 1929, poco tiempo después de terminar la construcción de la casa, se fue a Cambridge y obtuvo el doctorado, obviamente gracias el texto del 'Tractatus'. Cuando Wittgenstein entró en el salón para someterse al examen bajo Russell y Moore, Russell sonrió y dijo: "Nunca en mi vida he sabido de nada tan absurdo", y luego los tres hablaron un poco sobre algunas cuestiones filosóficas.